



## CAPÍTULO LX

### De la guerra de Zaragoza.

Confinaban con el señorío de D. Alonso, rey de Aragon, las tierras de Zaragoza, muy poderosa y fuerte ciudad por su nobleza, riqueza y grandeza. Los moradores della hacian ordinarias correrías y cabalgadas en los campos comarcanos de los cristianos, sin dejar de hacer todo el mal y daño que de hombres bárbaros y enemigos del nombre cristiano se podia esperar. El rey de Aragon, movido por estos males, sin embargo que la guerra de Castilla no la tenía del todo acabada, se determinó con todas sus fuerzas y gentes de combatir aquella ciudad. Representábase grandes dificultades, trabajos y peligros, que la constancia del invencible rey fácilmente menospreciaba. Tahuste, villa principal á la ribera del rio Ebro, se ganó á esta sazón por el valor é industria de un caballero principal llamado Bacalla. Asimismo ganaron á Borgia á la raya de Navarra, Magalona y otros pueblos y castillos por aquella comarca. Á los almogávares (así se llamaban los soldados viejos de gran experiencia y valor) se dió orden que estuviesen de guarnicion en el Castellar, plaza fuerte fundada, como de suso queda dicho, sobre Zaragoza, en un altozano. Proveyéronles de mantenimientos, armas y municiones á propósito de hacer salidas y correrías

por los lugares al derredor, y que si necesario fuese pudiesen sufrir un largo cerco.

Este fué el principio que se dió á la guerra y conquista de Zaragoza: á la fama acudieron de diversas partes grandes personajes, entre otros vinieron los condes Gaston de Bearne, Rotron de Alperche y Centullo de los Bigerrones. Formaron un grueso ejército de diversas gentes y naciones, con que se pusieron sobre aquella ciudad el año que se contaba de nuestra salvacion mil ciento diez y ocho, por el mes de Mayo. Al octavo dia ganaron el arrabal que está de la otra parte del rio. Rotron, conde de Alperche, en el mismo tiempo que se continuaba el cerco, con seiscientos caballos que le dieron se apoderó de Tudela, ciudad principal en el reino de Navarra, puesta en un sitio frente á la ribera del rio Ebro, con la cual se quedó en premio de su trabajo. Los moros de España, como quier que conociesen bien de cuánta importancia era para sus cosas é intentos la ciudad de Zaragoza, y el riesgo que corria todo lo demás si se perdiese, acudieron en gran número para socorrer á los cercados. Vino otrosí de África un famoso caudillo, por nombre Temin, con un grueso ejército de moros berberescos: tenia puestos sus reales en un lugar

aventajado á la ribera de Güerba, más arriba de Zaragoza, y junto al castillo de María, que se tenía por los moros. Pero visto que los nuestros le hacian ventaja en muchedumbre y esfuerzo, dió vuelta á lo más adentro de la Celtiberia.

Los cercados padecian falta de vituallas y no tenían esperanza de socorro, que era el mayor de los males. Á los cristianos cansaba la tardanza. Aprestaban nuevos ingenios para batir las murallas y entrar por fuerza la ciudad, cuando fueron avisados que un sobrino de Temin, otros dicen era hijo del rey de Córdoba, venia y llegaba ya cerca con resolucion de meterse en la ciudad como por su tio le era mandado. Alteróse el rey D. Alonso con este aviso; tuvo su acuerdo, y determinó salir al encuentro á los que venian de socorro, ca bien entendia que si entrasen en la ciudad, á él sería forzoso partirse del cerco con poca reputacion y mengua. Marchó, pues, con sus gentes, dió vista á los enemigos, juntáronse las huestes no léjos de Daroca, en un lugar llamado Cuntandia; dióse la batalla, en que los moros fueron vencidos y muertos y preso su general. Los de Zaragoza, avisados de aquella desgracia, por no quedarles esperanza alguna de poderse defender, despues de ocho meses de cerco, á diez y ocho de Diciembre rindieron sobre pleitesía la ciudad.

Fué aquel dia muy alegre para los cristianos, no sólo por el provecho presente, puesto que era muy grande, sino mucho más por la esperanza que cobraron de desarraigar el señorío de los moros de todo punto, quitádoles aquel fortísimo baluarte. Estaban los nuestros tan ciertos que tomarian la ciudad, que tenían ántes de tomalla consagrado en obispo della á Pedro Librana, que consagró la iglesia y se encargó del gobierno espiritual. Á los condes Gaston de Bearne y Rotron de Alperche, en premio de su trabajo, dió el rey por juro de heredad sendos barrios en aquella ciudad; tales eran las costumbres de aquel tiempo; no tenían por inconveniente poner muchos señores en un pueblo y en una ciudad. Á la ribera de Ebro, nueve leguas de Zaragoza, estuvo antiguamente una noble colonia de romanos llamada Julia

Xelsa; ahora es un lugar desierto, y á una legua tiene un pueblo que el dia de hoy llaman Jelsa, que es el solo rastro que queda de aquella antigüedad.

Á esta comarca pasó el rey con sus gentes luégo que la sazón del tiempo dió para ello lugar. Por allí hicieron correrías en los campos de los moros al derredor. Dende pasaron á la Celtiberia, provincia por la aspereza de los lugares y esfuerzo de los naturales de todo tiempo muy poderosa y fuerte, cuyos linderos antiguamente unas veces se ensanchaban y otras se estrechaban, como sucedian las cosas. Pero propiamente los celtíberos corrian de Oeste al Este desde las fuentes del rio Jalon, que tienen su nacimiento en Medinaceli, que algunos tienen, aunque con engaño, fué la antigua Ecelesta, hasta Nertobriga, que hoy es Ricla. Por la banda de Septentrion tenían por aledaño á Moncayo, y á la parte de Mediodía las fuentes de Tajo, cerca de Albarracin, ciudad que en otro tiempo se llamó Lobeto; en aquella comarca la guerra sucedió á los nuestros como suele á los vencedores; todo se les rendia y allanaba. Ganaron desta vez á Tarazona, á Alabona y á Epila, que se tiene llamaron antiguamente Segoncia. Asimismo Calatayud vino á poder de cristianos, poblacion que fué de moros y de su capitan Aiub, que la fundó no léjos de la antigua y famosa Bilbilis, de que queda rastro en un monte que cerca de aquella ciudad se empina, y hasta el dia de hoy se llama Bombola. Ariza tambien y Daroca corrieron la misma fortuna, adelante de la cual villa el rey hizo edificar un pueblo que llamó Monreal, en un sitio muy á propósito para enfrenar las correrías y los intentos de los moros de Valencia.

Los monjes cartujos y los del Cistel, nuevamente fundados, tenían gran fama y crédito por todas partes de la cristiandad. Demas de estas órdenes, en Jerusalem, los caballeros templarios y los hospitalarios, conforme á su santo y religioso instituto, inventado por el mismo tiempo, se empleaban con todas sus fuerzas en adelantar por aquellas partes el partido de los cristianos. Los templarios, en vestidura blanca, traian cruz roja á la manera de la de Carava-





ca, con dos traviesas. Los hospitalarios, que tambien se llamaban de San Juan, en capa negra, cruz blanca. San Bernardo, principal fundador de la órden del Cistel, que vivia por estos tiempos, y áun se sabe vino á España, persuadió al rey entregase aquel pueblo á los templarios.

Hízose así, edificáronles allí un convento, diéronles asimismo otras rentas, en particular se les señaló la quinta parte de los despojos que se ganasen en la guerra; todo á propósito que tuviesen con que sustentar los gastos, y por

aquella parte fuesen fronteros de los moros. Guillen, prelado de Aux en la Guiena, y los demas obispos de Aragon con sus sermones encendian los corazones de la gente á tomar la cruz, y ayudar con sus personas y haciendas los intentos de aquellos caballeros. Esta fué la primera entrada que los templarios tuvieron en España, éste el principio de las grandes rentas que adelante poseyeron, y áun, como se tuvo por cierto, últimamente fueron causa de su total ruina.

### CAPÍTULO LXI

Del cisma de Burdino, natural de Limoges.

Gobernaba por este tiempo la iglesia de Roma Gelasio II deste nombre, al cual poco ántes pusieron en la silla de San Pedro por la muerte del pontífice Pascual. Fué persona de gran corazon, pues no dudó proseguir las enemistades de sus antecesores contra el emperador Enrique IV deste nombre en defensa de la libertad de la Iglesia y de la majestad pontificia; en que pasó tan adelante, que como el emperador viniese á Roma, y él no se hallase con fuerzas para reprimir sus intentos, en una barca por el Tibre se fué primero á Gaeta de donde era natural, y de allí pasó en Francia con intento de celebrar un concilio de obispos que tenía convocado para la ciudad de Rems. La muerte atajó sus intentos, que le tomó en el camino en el monasterio de Cluñi. Tuvo el pontificado pocos dias más de un año. En este tiempo dejó concedida una indulgencia á los soldados que estaban sobre Zaragoza, y á todos los demas que acudiesen con alguna ayuda para edificar el templo de aquella ciudad. La bula, por ser muy señalada, y porque por ella se entiende cómo se concedian las indulgencias antiguamente, pondré aquí vuelta en romance; «Gelasio obispo, siervo de los siervos de Dios, al ejército de los cristianos que tiene cercada la

»ciudad de Zaragoza, y á todos los que tienen  
»la fe cristiana, salud y apostólica bendicion.  
»Hemos visto las letras de vuestra devocion, y  
»de buena gana dimos favor á la peticion que  
»enviastes á la sede apostólica por el electo de  
»Zaragoza. Tornando, pues, á enviar al dicho  
»electo, consagrado por la gracia de Dios por  
»nuestras manos como si por las del apóstol  
»San Pedro lo fuera, os damos la bendicion de  
»la visitacion apostólica, implorando la justa  
»misericordia del omnipotente Dios para que  
»por los ruegos y merecimientos de los santos  
»os haga obrar su obra á honra suya y dilata-  
»cion de su iglesia. Y porque habeis determi-  
»nado de poner á vos y á vuestras cosas á ex-  
»tremos peligros, si alguno de vos recebida la  
»penitencia de sus pecados muriere en jorna-  
»da, Nos por los merecimientos de todos y rue-  
»gos de la Iglesia católica le absolvemos de las  
»ataduras de sus pecados. Demas destos, los  
»que por el mismo servicio de Dios ó trabaja-  
»ren ó han trabajado, y los que donan alguna  
»cosa ó hobieren donado á la iglesia de la di-  
»cha ciudad destruida por los sarracenos y  
»moabitás para ayuda á su reparo, y á los clé-  
»rigos que allí sirven á Dios, para su sustento,  
»conforme á la cantidad de sus trabajos ó bu-





»nas obras que hicieren á la iglesia, y á juicio  
»de los obispos en cuyas parroquias viven, al-  
»cancen remisión de sus penitencias y indul-  
»gencia. Dado en Aleste á cuatro de los idus  
»de Diciembre. Yo Bernardo, arzobispo de la  
»silla toledana, hago y confirmo esta absolu-  
»cion. Yo el obispo de Huesca hago y confirmo  
»esta absolucion. Yo Sancho, obispo de Calahor-  
»ra, hago y confirmo esta absolucion. Yo Gui-  
»do, obispo Lascurrense, hago y confirmo esta  
»absolucion. Yo Boso, cardenal de la Santa  
»Iglesia romana, hago y confirmo esta absolu-  
»cion.»

En lugar del papa Gelasio, por voto de los cardenales que á su muerte se hallaron, el año de mil ciento diez y nueve, á primero de Febrero, fué elegido Guido, de nacion borgoñon, hermano de D. Ramiro y tío de D. Alonso, rey de Castilla. Era á la sazón arzobispo de Viena de Francia: llamóse en el pontificado Calixto segundo, dado que no aceptó la elección hecha por los cardenales en su persona, hasta tanto que el clero de Roma viniese en lo mismo; y así no se coronó hasta los quince de Octubre. En el concilio Remense, en que se halló presente, promulgó sentencia de descomunion contra el emperador: estableció otras nuevas leyes contra el pecado de la simonía, que era muy ordinario, tanto que ni bautizaban los niños, ni enterraban los muertos sino por dineros. Procuró que los presbíteros, diáconos y subdiáconos se apartasen de las concubinas, las cuales en tiempos tan revueltos ellos tenían con el repuesto y libertad como si fueran sus mujeres; en España en particular todavía se continuaba la mala costumbre que introdujo el perverso rey Witiza, en especial en Galicia, sin poderla extirpar del todo, bien que se ponía en ello diligencia: de que da muestra un breve que pocos años ántes deste tiempo envió el papa Pascual á D. Diego Gelmírez, obispo de Santiago, cuyo tenor es el que sigue: «Pascual, obispo, siervo de los siervos de Dios, al venerable Diego, obispo de Compostella, salud y apostólica bendición. La Iglesia que por voluntad de Dios has recibido para gobernar, mucho há, que áun pareciendo que tenía pastor, carece del consuelo de pastor. Por ende

»con mayor cuidado debes procurar que todas  
»las cosas en ella se dispongan legalmente  
»conforme á la regla de la Sede Apostólica.  
»Pon en tu iglesia tales cardenales, presbíteros  
»ó diáconos, que puedan dignamente susten-  
»tar las cargas cometidas á ellos del gobierno  
»eclesiástico. Allende desto, lo que toca á los  
»presbíteros se encomiende á los presbíteros;  
»lo que es de los diáconos, á los diáconos se  
»encargue, para que ninguno se entremeta en  
»oficio ajeno. Si algunos ciertamente, ántes  
»que fuese recibida la ley romana, segun la  
»comun costumbre de la tierra, contrajeron  
»matrimonios, los hijos nacidos dellos no los  
»excluimos, ni de la dignidad seglar ni de la  
»eclesiástica. Aquello de todo punto es inde-  
»cente, que en vuestra provincia, segun somos  
»informados, moran juntamente los monjes y  
»las monjas. Lo cual debe procurar estorbar tu  
»experiencia, para que los que al presente es-  
»tán juntos, sean apartados en moradas muy  
»diversas conforme al juicio de personas reli-  
»giosas y para adelante no se use de semejan-  
»te libertad. Dado en el Laterano, año de la  
»Encarnación del Señor mil ciento tres, de  
»nuestro pontificado el cuarto.» La ley romana  
de que se hace mencion en este breve, segun yo entiendo, era la ley de la continencia im-  
puesta á los del clero.

La causa de descomulgar al emperador en el concilio Remense fué que luégo que el papa Gelasio se salió de Roma, como queda dicho, el emperador procuró é hizo que en su lugar fuese nombrado por romano pontífice el obispo de Braga, llamado Burdino, con nombre de Gregorio VIII. Principio y ocasion con que por la discordia de dos que se llamaban pontífices, se alteró la paz de la Iglesia en muy mala sazón. Cada cual de los dos pretendia ser el verdadero papa y ponía dolo en la elección de su contrario, como es ordinario en semejantes casos. Era Burdino natural de Limoges, en Francia; vino á España en compañía de Bernardo, arzobispo de Toledo, como queda dicho de su-  
so. Despues, con ayuda del mismo, alcanzó el obispado de Coimbra. En él trocó el nombre de Burdino y se llamó Mauricio: pero no se despojó de sus malas mañas y dañadas costum-



bres. De Coimbra, con la misma ayuda de Bernardo, fué promovido al arzobispado de Braga. Á todos estos beneficios no correspondió con el agradecimiento debido, ántes con dineros que de todas partes juntó, en que llevaba más confianza que en la justicia de lo que pretendia, se partió para Roma con intento de alcanzar del pontífice Pascual absolviése á Bernardo y le quitase la dignidad que tenia, con color que por su vejez no era bastante para el gobierno de aquella iglesia, y esto hecho, le pusiese á él en su lugar y le hiciese arzobispo de Toledo. Acometió el negocio por todos los medios que supo; pero perdida la esperanza que el pontífice vendria en cosa tan fuera de razon, como era sagaz y doblado, acordó tomar otro camino para su acrecentamiento. Supo la discordia y diferencias que tenían el emperador y el papa; fuése para el emperador, y con sus mañas le ganó la voluntad de tal suerte, que con su ayuda se apoderó de la iglesia de Ro-

ma y se hizo falso pontífice. Hay un breve del papa Gelasio para Bernardo, arzobispo de Toledo, en que le avisa que Burdino, por sus excesos fué anatematizado por el pontífice Pascual, y le ordena que en su lugar haga poner otro prelado en la iglesia de Braga. Grandes fueron las alteraciones que por causa deste cisma de Burdino se siguieron. Remediólo Dios, que el verdadero papa usó de diligencia, y el falso pontífice tres años despues que usurpó aquel apellido fué en Sutrio preso, y en Roma traído como en triunfo en un camello por las calles y por las plazas; últimamente le desterraron á lo postrero de Italia, y en el destierro murió en el monasterio de la Cava, llamado de la Trinidad, en que por sentencia y en pago de sus deméritos le tenía recluso. Éste fué el premio de la ambicion de aquel hombre sin mesura; éste el fin de grandes movimientos, sospechas y miedos que tenían suspenso y con cuidado á todo el mundo.